

mos, en pos vendrán otros, y harán madurar la espiga y con la hoz reunirán la cosecha; el Señor lo ha dicho: *Uno es el que siembra, y otro el que recoge el fruto* (1). La Iglesia no cuenta solo con una especie de operarios; los tiene de diversos templos, formados por ese espíritu que se *imbuje donde quiera, que reparte sin tasa, pero con distribución*, que hace á los unos apóstoles, á los otros profetas, á estos evangelistas, á aquellos pastores y doctores, á fin de emplear toda santidad en el ministerio que edifica el cuerpo de Cristo (2). Hijos de este espíritu uno y múltiple, respetemos su presencia en cada uno de nosotros; y luego que un alma vibra en el siglo el son de la eternidad, luego que da testimonio en favor de Jesucristo y de su Iglesia, no nos mostremos ya mas rigurosos que el que ha dicho: *Todo el que no está contra vosotros, está por vosotros* (3). No se trata de seguir las reglas de la retórica, sino de hacer conocer y amar á Dios; tengamos la fe de S. Pablo, y hablemos tan mal como él la lengua griega.

Llamado por la elección de dos obispos á la primera cátedra de la Iglesia de Francia, he defendido en ella la verdad como me ha sido posible, al menos con un acento sincero que ha conmovido á las almas. Hoy publico las palabras pronunciadas entonces. Llegarán al lector frías y descoloridas; pero cuando en la tarde de otoño caen y yacen por tierra las hojas secas, mas de una mirada y de una mano las buscan todavía: y aun cuando todas las desdénasen, puede arrastrarlas el viento, y preparar con ellas una cama á algun pobre de quien se acuerda la Providencia en las altas regiones del cielo.

(1) S. Juan, cap. 4, vers. 37.

(2) S. Juan, cap. 3, vers. 34. — S. Pablo á los Hebreos, cap. 2, vers. 4. — *Idem* á los Efesios, cap. 4, vers. 11 y 12.

(3) S. Marcos, cap. 9, vers. 39.

SERMONES

PREDICADOS

EN LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DE PARIS

POR EL R. P. E. D. LACORDAIRE.

DE LA IGLESIA.

SERMON PRIMERO.

De la necesidad de una Iglesia que enseñe, y de su carácter distintivo.

MONSEÑOR (1):

Señores:

El cristianismo es tan antiguo como el mundo, pues consiste esencialmente en la noción de un Dios criador, legislador y salvador, y en una vida conforme á esta idea. Ahora bien, Dios se manifestó al género humano desde el principio bajo este triple aspecto de criador, de legislador y de salvador, y desde el principio tambien, de Adán á Noé, de Noé á Abraham, de Abraham á Moisés, de Moisés á Jesucristo, hubo hombres que vivieron conforme á esta noción de Dios. Dios se manifestó á los hombres bajo este triple carácter, tres veces antes de Jesucristo, por Adán, primer padre del género humano, por Noé, segundo padre del género humano, y por Moisés, fundador de un pueblo que tanto ha influido por su acción y su presencia en todos los destinos de la humanidad.

Sin embargo, hay un hecho no menos notable, y es que el cris-

(1) Señor Arzobispo de Paris.

tianismo no ha dominado al mundo sino por Jesucristo, diez y ocho siglos há. Jesucristo es el primero que trajo la luz al mundo; antes de él, como ha dicho S. Juan, *la luz resplandecía en las tinieblas* (1). Pero ¿de dónde proviene esto? ¿De dónde emana que el cristianismo, vencido en el mundo antes de Jesucristo, ha salido victorioso despues de Jesucristo? ¿De dónde que el cristianismo, antes de Jesucristo, *no impidió á las naciones seguir sus caminos* (2), y que Jesucristo, por el contrario, haya podido pronunciar esta frase de eterna victoria: *In mundo pressuram habebitis, sed confidite: egovici mundum* (3)?

¿Qué es pues lo que Jesucristo hizo de nuevo? ¿Es por ventura el sacrificio del Calvario? Pero el cordero que borra los pecados de los hombres, *habia sido inmolado desde el principio del mundo* (4). San Juan nos lo atestigua en el libro de sus visiones. ¿Es acaso el Evangelio? Pero el Evangelio en suma no es otra cosa que la palabra de Dios, y esta palabra, en diversas ocasiones anunciada, no habia logrado cambiar el mundo. ¿Son por ventura los Sacramentos? Pero los Sacramentos no son mas que los canales de la gracia, y la gracia de Dios, aunque menos copiosa sin duda antes de Jesucristo, no dejó á pesar de eso de comunicarse siempre á los hombres. ¿Qué es pues lo que Jesucristo hizo de nuevo? ¿Cómo ha asegurado la perpetuidad de la victoria obtenida en el Calvario? Oidle, él mismo va á decíroslo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella* (5). ¡Ved aquí la obra que debia vencer para siempre al infierno y al mundo, que debia renovar cada dia el sacrificio del Salvador, conservar y difundir su palabra, y distribuir su gracia! Voy á hablaros, Señores, de esta obra, de esta Iglesia, *columna y firmamento de la verdad* (6), y desde hoy entraré en el fondo de este vasto asunto, procurando demostrar la necesidad de una Iglesia destinada á la enseñanza universal y perpetua del género humano.

Llamado á levantar la voz en medio de vosotros, no por mi voluntad propia, sino por la del pontífice venerable que ocupa el lugar de Dios en la tierra, no aguardéis, Señores, que os hable con artificio. Si venís en busca de vanas y pomposas frases, os engañáis. ¡Ah, perezca la elocuencia del tiempo! Yo solo pido al cielo la elocuencia de la eternidad. Yo no le pido mas que la verdad y la cari-

(1) Evangelio, cap. 1.º, vers. 5. (2) — Actos de los Apóstoles, cap. 14, vers. 15. — (3) S. Juan, cap. 16, vers. 33. — (4) Apocalipsis, cap. 13, vers. 8. — (5) S. Mateo, cap. 16, vers. 18. — (6) S. Pablo, 1.ª epístola á Timoteo, cap. 3, vers. 15.

dad de Jesucristo; y si el triunfo de la gracia acompaña á estos discursos, probará que hoy, como en otros días, se sirve Dios del pequeño para confundir al fuerte. Once años hace que postrado sobre el pavimento de esta basílica, me despojé de las galas del mundo para vestir el hábito de vuestros sacerdotes; vine á buscar los beneficios que prometeis á los que os sirven, esperando la mision de anunciarlos algun dia. Me habeis otorgado estos beneficios; haced ahora que los comunique á mis hermanos. Venid en auxilio de vuestro siervo; poned custodia á mis labios á fin de que sean fieles á mi corazon, como mi corazon lo es á vuestra ley.

Me propongo empezar por un hecho incontestable, á saber: que el hombre es un sér enseñado.

¿Por qué he tomado la palabra en este recinto? Si extendo la vista en derredor, descubre frentes de todas las edades, cabellos que han encanecido en las vigiliás de la ciencia, rostros en que está grabada la huella de la fatiga de los combates, otros animados por las dulces emociones de los estudios literarios, jóvenes en fin que acaban de coger la tercera flor de la vida. Decidme, decidme, ¿qué me pedís en este dia? ¿Qué quereis de mí? ¿La verdad? Luego no la poseeis, la buscais, quereis saberla, habeis venido aquí para ser enseñados.

En la infancia teníais una madre; en su regazo recibísteis vuestra educacion primera; ella os instruyó al principio en el orden de las sensaciones, dirigiéndoos continuamente en vuestras relaciones con los objetos externos. Además, por la trasmision prolija y laboriosa de la palabra abrió en vosotros el manantial de la inteligencia. Luego depositó en el fondo de vuestra alma un tesoro todavía mas precioso, el de la conciencia; os castigó y os recompensó segun vuestras acciones; os dió la medida de lo justo y de lo injusto, é hizo de vosotros un sér moral; os inició asimismo en los misterios de la fe, y os enseñó á creer en cosas invisibles, de que las cosas visibles no son mas que el reflejo; hizo de vosotros un sér religioso. Así desde la aurora de vuestra vida fuísteis enseñados en los cuatro órdenes que constituyen vuestro sér: en el orden de las sensaciones, en el orden de las ideas, en el de la conciencia y en el de la fe.

Cuando el hombre ha pasado la edad de la primera enseñanza, se coloca en una de las dos clases en que la humanidad se divide. Se divide la humanidad en hombres ilustrados y los que no lo son: los hombres que no son ilustrados forman lo que se llama el pueblo, y el pueblo, absorbido en su pobreza y en su incesante trabajo, permanece para siempre incapaz de reformar su educacion primera por los

estudios personales y las reflexiones propias. En vano intentaría discutir á fondo sus sensaciones, sus ideas, su conciencia, su fe. No puede emanciparse de la enseñanza que se le ha dado sino aceptando nuevas enseñanzas, de que se creará acaso juez no siendo mas que esclavo. Cuando vino al mundo Jesucristo, libertador de las inteligencias, decia de la mision que su Padre le habia confiado: *El Señor me ha enviado para evangelizar á los pobres* (1). ¿Y por qué á los pobres? Sin duda porque son en mayor número, y porque siendo iguales todas las almas delante de Dios, cuando las pesa en la balanza de la eterna justicia, el alma del pueblo debe inclinarla; pero tambien, y con mucha mas razon todavía, porque el pueblo, en su impotencia de aprender y de saber, necesita de un maestro que le ponga en posesion de la verdad por medio de una enseñanza sin gastos y sin peligro.

Si esto sucede respecto del pueblo, es decir, de la casi totalidad del género humano, ¿no habrá al menos una excepción para los que llamamos hombres ilustrados? ¿No podrán romper con la enseñanza que los ha constituido en tal estado, y formarse una inteligencia por sus fuerzas propias? Esta es á la verdad su pretension. Bien os acordáis, Señores, que en la época en que salisteis del seno de la familia para entrar en la sociedad, os pareció que se habia desperutado en vosotros un poder nuevo á que disteis el nombre de razon. Os complacisteis en adorar este poder, y prosternándoos en su presencia dijisteis: ¡Hé aquí mi único señor y mi único rey! La razon me enseñará desde ahora que existen sensaciones, ideas, conciencia, cosas que no se ven y que sostienen este mundo que vemos. Así lo deciais, Señores, pero en vano, porque no pudisteis despojaros del hombre primitivo; vuestra razon se habia formado por la primera enseñanza, érais hijos de esta, hijos de la preocupacion, hijos del hombre. ¡Lo sois todavía! En efecto, la clase ilustrada se subdivide en otras dos clases: la una la de los hombres que son dueños de su tiempo y á quienes se puede llamar hombres de ocio; la otra de los que por la necesidad de su posicion se ven obligados al trabajo. Esta es incomparablemente la mas considerable. La division de las propiedades es causa de que cada uno necesite de su trabajo para conservar la posicion social que le han trasmitido sus padres, y en semejante servidumbre no podria ocuparse de una manera activa de las grandes cuestiones que agitan la humanidad, y entre-

(1) S. Lucas, cap. 4, vers. 18.

garse á estudios filosóficos que por sí solos bastarian á absorber toda una existencia. Esta clase se halla poco mas ó menos en la misma impotencia que el pueblo; y no obstante su orgullo, compréndese entre los pobres de espíritu que vino á evangelizar Jesucristo. Guardaos, Señores, de tomar en su sentido material y restricto los términos del Evangelio. La primera indigencia es la indigencia de la verdad, así como la primera riqueza es la riqueza del alma por la verdad; y cuando el hombre ha reconocido su bien, cuando es rico de verdad, no cambiaria la suerte que ella le proporciona ni por toda la fortuna de los reyes.

Establecida esta division, ¿qué es lo que queda flotando soberbiamente en la superficie de la humanidad, y capaz de hacer uso de su razon para reconstruirse á sí mismo? Algunos hombres privilegiados que han recibido del cielo superior talento, cosa rara, la fortuna, cosa menos rara, pero que no deja de serlo, y por último disposiciones innatas para un trabajo sostenido. Superior talento, fortuna, trabajo, tres condiciones necesarias para llegar á ser una inteligencia privilegiada. Solo estos hombres podrian rechazar las ideas adquiridas por la enseñanza, semejantes al águila, que tomando á su polluelo entre las garras, si ve que no puede mirar de frente al sol, le suelta como si fuera una vil carga. Pero en vano se esfuerzan; la esclavitud pesa tambien sobre su cabeza. Y no solo está sujeto á la enseñanza cada hombre en particular; lo están tambien las naciones y los siglos. Despues de haber vencido á su nodriza y á sus maestros, le queda al hombre de superior talento otra gran tarea, y es la de vencer á su nacion y á su siglo.

¿Puede conseguirlo? ¿Se ha verificado esto? Mirad en derredor vuestro: ¿qué hombre, por grande que sea, no lleva en su frente el signo de su pueblo y el signo de su siglo? Os pregunto á todos sin distincion: ¿seríais lo que sois si hubierais nacido seiscientos años há? Hace seis siglos esta misma catedral donde venís á oír la palabra divina con un corazon henchido de orgullo y como jueces, os hubiera visto traer piedras para sus cimientos. Si aun sin cambiar de siglo hubieseis nacido en cierta parte del globo que yo pudiera nombrar, ¿seríais lo que sois? ¿Por qué es Francia católica, la Prusia protestante y el Asia musulmana? ¿De dónde proviene esta enorme diferencia entre unos pueblos tan vecinos? Una palabra diversa ha prevalecido entre ellos; una enseñanza diversa ha formado almas, creencias y costumbres diferentes. Sí, las naciones y los siglos sufren el yugo de la autoridad, y le imponen á su vez; heredan preo-

cupaciones y pasiones anteriores, las modifican por preocupaciones y pasiones nacidas de estas; y la movilidad de los tiempos, que parece acusar á la independencia del hombre, no es mas que efecto de una sumision á tiranías que se engendran unas á otras. Cambian los tiranos, pero no cambia la tiranía. Y ¡cosa extraña! se gloria uno de ser hombre de su siglo, es decir, de participar convencido de las preocupaciones del tiempo en que vive.

Nosotros, cristianos libertados por la Iglesia, no somos ni del siglo presente, ni del siglo pasado, ni del siglo futuro: somos de la eternidad. No queremos someternos á la enseñanza de un siglo, ni de una nacion, ni de un hombre; porque estas enseñanzas son falsas en el mero hecho de ser variables y contradictorias. Salvo cierto número de fenómenos confirmados por la experiencia, salvo algunos axiomas que son el fundamento de la razon humana, y la distincion de lo justo y de lo injusto, ¿qué cosa hay sobre la que no esté discorde la enseñanza de los hombres? ¿Qué cosa hay que esta enseñanza no corrompa? Recorro asombrado los sitios en que el hombre enseña al hombre: ¿dónde encontrar una boca que no contradiga á otra, y no la convezna de error? Citaré á Lóndres, París, Berlin, Constantinopla, Pekin, ciudades célebres que gobiernan al mundo y le instruyen: ¿hay una sola entre ellas que no tenga sus opiniones, sus sistemas, sus costumbres, sus leyes, sus doctores de un día? No salgamos de la capital en que vivimos; se dice que es la reina de la civilizacion: ¡pues bien! enumerad las doctrinas que han prevalecido en ella de ochenta años á esta parte, propagándose desde aquí por la Europa. La idolatría tenia dioses sin número y un panteon levantado á su gloria; pero ¿quién será capaz de enumerar las opiniones humanas, y erigir un panteon bastante extenso para darles á todas un altar y un sepulcro? El hombre es un sér enseñado, y se somete por necesidad á las ideas que se agitan en torno de su cuna. Si el hombre no fuese un sér enseñado se comunicaria directamente con la verdad, y sus errores serian puramente voluntarios é individuales; pero es enseñado, y la infancia no puede defenderse contra la enseñanza del error, el pueblo no puede defenderse contra la enseñanza del error; y la mayor parte de los hombres ilustrados no pueden defenderse contra el error que han mamado en la infancia, ni contra el ascendiente de algunas inteligencias superiores que dominan á las demás. Tal es el estado de la humanidad, estado de opresion que arguye una degradacion irremediable, ó la necesidad de una enseñanza divina que proteja á la infancia, al pueblo, al vulgo de

los hombres ilustrados, y hasta aquellos á quienes una inteligencia mas fuerte entrega á la dominacion privada de su orgullo, sin emanciparlos de la dominacion pública de su nacion y de su siglo.

Sí, la verdad no es mas que un nombre, el hombre no es mas que un miserable juguete de opiniones que se suceden sin fin, y por tanto debe haber sobre la tierra una autoridad divina que enseñe al hombre, á este sér que necesita ser enseñado, y á quien por precision engaña la enseñanza de otro hombre. Hasta los paganos conocieron esta necesidad; Platon decia *que era necesario que un maestro bajase del cielo para instruir á la humanidad*, hablando así de antemano como S. Pablo en su epístola á los de Éfeso: *Dios nos ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores, para que no seamos ya niños fluctuantes, y nos dejemos traer en derredor de todo viento de doctrina por la malignidad de los hombres que siembran el error en torno de nosotros.*

Pero ¿con qué signo ha de reconocerse esta autoridad tutelar? ¿Cómo se ha de distinguir la verdadera autoridad entre tantas autoridades falsas? En una señal, por no hablar mas que de una sola, en una señal tan refulgente como el sol, que ninguna autoridad falsa posee, que ninguna autoridad falsa puede contrahacer: la señal de la universalidad, de la catolicidad. Si hay alguna cosa notable en el mundo, es que ninguna autoridad humana ha podido ser católica, es decir, traspasar los límites de cierta clase de hombres ó sea los de la nacionalidad. De tres especies son las autoridades humanas: autoridades filosóficas, religiones no cristianas, sectas cristianas. En cuanto á las autoridades filosóficas, jamás han alcanzado al pueblo, jamás han reunido tampoco en una sola escuela á los hombres ilustrados; antes bien divididas hasta lo infinito, han dado al mundo en todos los tiempos un espectáculo en que no era óbice el aprecio que merecieron al reconocimiento de sus lamentables extravíos. ¿Dónde se halla hoy en el universo la autoridad filosófica dominante? Las religiones no cristianas nunca han sido mas que nacionales, y la que mas se ha acercado al cristianismo, la que hasta cierto punto podría considerarse como una secta cristiana, el mahometismo, no ha aspirado á la universalidad sino esperando someter el universo al califato por la fuerza de las armas. Desde que el imperio musulman se ha dividido, hanse visto tantas sectas como reinos; testigos son la Turquía y la Persia, los adoradores de Ali y los de Omar. ¿Dónde existe una religion no cristiana que tenga una enseñanza universal? El mismo fenómeno se reproduce respecto de las

sectas cristianas, y tenemos de ello un notable ejemplo en los dos grandes cismas que viven, el cisma griego y el cisma protestante. Los griegos han estado sometidos al patriarca de Constantinopla, mientras Constantinopla ha sido el centro único del Oriente; cuando se formó el imperio ruso, los griegos rusos constituyeron una iglesia aparte, rompiendo los postreros vínculos que en la infancia de su imperio los ligaban aun á la sede primitiva del cisma. En cuanto á las iglesias protestantes, se han dividido en tantas fracciones como reinos: iglesia episcopal de Inglaterra, iglesia presbiteriana de Escocia, iglesia calvinista de Holanda, iglesia actual evangélica de Prusia; y los protestantes, no reunidos por un reino ni por la unidad nacional, como los de los Estados Unidos, han formado millares de sectas que no tienen nombre por los muchos con que se les señala.

La Iglesia verdadera, la que desde su origen ha tomado el título de católica, que ninguno ha podido disputarle una sola vez en el trascurso de diez y ocho siglos, la Iglesia verdadera, instituida por Dios para enseñar al género humano, es la única que ha fundado una autoridad universal, á pesar de la asombrosa dificultad de la empresa. Todo el imperio romano se ligó contra esa inmensa autoridad que iba extendiéndose por todas partes; y á pesar de la persecucion que sufrió desde los primeros tiempos, la Iglesia católica traspasaba los límites del imperio romano, y penetraba en la Persia, en la Etiopía, en las Indias y en la Escitia. Despues de haber sojuzgado el imperio romano y encaminándose mas lejos, vinieron los Bárbaros á extinguir la unidad temporal fundada por Roma pagana, y la Iglesia católica, mientras todas las naciones se alteraban y fraccionaban, extendió su unidad y su universalidad por donde quiera que la fuerza dispersaba los miembros de la sociedad antigua, y además fué á buscar á los Bárbaros hasta el fondo de sus bosques para traerlos al pié del mismo altar y de la misma cátedra. Descubriéronse nuevos mundos; allí fué la Iglesia acompañando á los conquistadores. Conocieron á Jesucristo los Indios del Occidente y los Indios del Oriente, y ya no volvió á ponerse el sol en el reino de la verdad. Aspirando el protestantismo á romper la unidad y universalidad católicas, con el espectáculo de sus divisiones solo ha logrado probar de nuevo la imposibilidad en que están los hombres de fundar por su propia virtud una iglesia universal.

Con efecto, para conseguirlo es necesario vencer los zelos de la autoridad temporal, la diversidad de lenguas, de costumbres, de preocupaciones, las enemistades de nacion á nacion, y sobre todo la in-

dependencia del espíritu, esa independencia que no es mas que la sumision á falsas autoridades, pero autoridades que halagan el orgullo y parecen apoyarse en la razon individual. Jamás venciera el error estos diversos obstáculos, porque el error siendo á la vez el orgullo del entendimiento y la contradiccion lógica, no puede unir los entendimientos y las voluntades. Solo la unidad de la Iglesia, esa unidad especial en el mundo, es una prueba irrecusable de su divinidad: la Iglesia es católica, y de consiguiente verdadera.

Pero conviene notar que la catolicidad de la Iglesia no solo abraza todas las diversas naciones del globo: abraza tambien con los mismos lazos espirituales la infancia, el pueblo, los hombres ilustrados, los débiles y los fuertes. Todos sin distincion alguna tienen el mismo símbolo y la misma fe; mientras que la filosofía solo pudo unir á los hombres instruidos, y las religiones paganas solo se extendian al pueblo. Hasta el protestantismo ha incurrido en este vicio radical, porque se presentó bajo unas formas al pueblo, y bajo otras á los hombres ilustrados. Impone su autoridad al pueblo, y deja libres á los hombres instruidos. El pueblo cree á su ministro, el hombre hábil cree en la Biblia y en sí mismo. Bajo este aspecto es la Iglesia católica completamente divina: no solo presta amparo al débil, sino que le hace igual al fuerte.

Diréis acaso: pues si se necesita una iglesia que enseñe al género humano, ¿cómo es que se ha establecido tan tarde? ¿Por qué se ha establecido hace diez y ocho siglos, y no hace seis mil años? Señores, todo debia llevar el sello de la caída original, la naturaleza, el cuerpo, el alma, la sociedad, la verdad misma, á fin de que el hombre sintiese profundamente la necesidad de la reparacion. No obstante, Dios no abandonó á los hombres en los tiempos anteriores á la constitucion de la Iglesia; les comunicó la verdad por Adán, por Henoc, por Noé, por Abrahan, por Moisés, por una serie continua de profetas y de revelaciones. La Iglesia misma, ó la sociedad de los hombres con Dios, existia desde el principio; pero no existió con la organizacion y la fuerza que ha recibido de Jesucristo. Así es que el Salvador no dice que va á establecer la Iglesia, sino que va á fundarla *sobre la piedra*, sobre una piedra destinada á quebrantar á los que caigan encima, y á todos aquellos sobre quienes ella cayere (1). Jesucristo ha puesto el remate á la Iglesia, como le ha puesto á

(1) S. Mateo, cap. 21, vers. 44.

todo; mas antes de la consumacion no estaba abandonado el hombre, sino preparado y sostenido. Su condicion no valia lo que nuestra condicion actual, pero era suficiente y justa, si hubiese querido aprovecharse de ella. El hombre se ha perdido por sus faltas, no por falta de Dios.

La Iglesia ha constituido la verdad socialmente; y si volviendo al terreno que hemos recorrido, preguntamos, por qué el hombre es un sér enseñado, responderemos que el hombre es un sér social como todos los séres, y que todos viven á su manera por la sociedad; pero que aventajándoles el hombre en la inteligencia, esta tambien debe vivir por la sociedad; y como la verdad es el alimento de la inteligencia, la verdad debe serle transmitida socialmente, es decir, por la enseñanza. Si el hombre no hubiese pecado, solo Dios hubiera sido su preceptor y su maestro; habiéndose separado de Dios el hombre por el pecado, ha quedado frente á frente del hombre primitivamente instruido por Dios, pero en posibilidad de olvidar y corromper lo que Dios le habia enseñado. De aquí la supersticion, vestigios alterados de la verdad; de aquí la filosofía, esfuerzo del hombre hácia la verdad; de aquí la necesidad de una Iglesia docente, que trasmitiese y perpetuase la verdad en el caso en que Dios quisiera perdonar al hombre y repararle, suspendiendo la organizacion definitiva de esta Iglesia, á fin de que el hombre se sintiese caido, impotente y miserable.

En el día, Señores, esta Iglesia católica que ha consumado una obra imposible al hombre, lucha contra los que la han debilitado y aspiran á destruirla. Esta Iglesia, despojada de los adornos exteriores que tenia del hombre, ligada por ellos como un agente incómodo y peligroso, insultada en su debilidad aparente, se asemeja á un gigante ligado con fajas por niños que se esfuerzan en precipitarle, y se defiende por su mole, *mole sua stat*, y su inmovilidad sola es una victoria. Tranquila porque lleva en su seno una promesa inmortal y el espíritu de Dios, no se inquieta sino por la humanidad, que puede asociar mas ó menos sus propios destinos á la grandeza de los suyos. No os engaños, Señores, hace seis mil años solo se agita una cuestion en el mundo, la de saber si la verdad cristiana ha de quedar vencida ó victoriosa; ha sido vencida hasta Jesucristo, ha salido victoriosa despues de Jesucristo, y victoriosa por la Iglesia católica, sentada sobre la piedra que ha colocado Jesucristo. A trastornar la Iglesia católica es á lo que conspira la humanidad caida; pero la Iglesia no es mas que la humanidad reparada, vivificada por la fe, conducida

por la caridad, ilustrada por el espíritu de Dios. La lucha se agita, pues, dentro de las mismas entrañas de la humanidad, entre la humanidad de los sentidos y la humanidad del espíritu; la humanidad de los sentidos se manifestó en lo antiguo por espacio de cuatro mil años, la humanidad del espíritu se ha manifestado en los tiempos modernos por espacio de diez y ocho siglos: ¿á cuál dais la preferencia? Esta es la cuestion. Esperar que la parte noble de la humanidad triunfe sin la Iglesia, despues de haber destruido la Iglesia, es esperar un efecto sin su causa, es echar abajo los cimientos para sostener un edificio y agrandarle. Se repite muchas veces que lo pasado está en lucha con el porvenir, y esto es verdad; el mundo antiguo pugna con el nuevo. ¿Y cuál es el mundo nuevo sino el que ha formado la Iglesia? ¿Cuál es el mundo antiguo sino el que existia sin la Iglesia? Como el cristiano es el *hombre nuevo*, segun el lenguaje de las santas Escrituras, la Iglesia católica es la *humanidad nueva*. Cualquiera que la ataque invoca lo pasado; cualquiera que la defiende, por el porvenir mira. No se me oculta que muchos aguardan una revelacion nueva mas perfecta que la de Cristo, una Iglesia nueva mas perfecta que la fundada por Cristo, una humanidad nueva mas perfecta que la formada por la Iglesia. Pero ¿dónde está ese nuevo Cristo, esa nueva Iglesia, esa nueva humanidad, y qué vemos en derredor nuestro sino antiguas pasiones, sino el egoismo antiguo, tanto mas hediondo cuanto alza su cabeza en una sociedad cimentada sobre la caridad? ¡Ah, Señores! cuando la Iglesia apareció sobre la tierra, no se anunció de este modo; edificó sin arruinar nada, vosotros arruináis sin edificar cosa alguna. Pero eso es ya mucho aguardar: sed pues hombres de esperanza y de deseos. Y vosotros que estais mas avanzados, que valuais en su justo aprecio los esfuerzos impotentes de este siglo, y que conocéis que el sepulcro de la Iglesia seria el sepulcro del mundo civilizado, concebid una fe y una caridad mas ardorosas, consagraos enteramente á esa Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion ni en el tiempo ni en la eternidad.